

Sacramento de nuestros Altares. Con precisión nos fuimos á desayunar y sin demora á tomar los coches que ya nos esperaban. Un tierno suspiro, un eterno adiós dimos á este precioso lugar y, aunque con pena, nos retiramos directamente á la estación.

Eran ya casi las ocho, pues faltaban tan sólo diez minutos cuando todos estábamos listos en el andén, comentando nuestro viaje y refiriéndonos las gratas impresiones que llevábamos.

“Yo no pude menos que llorar,” decía mi tío Modesto. “A mí me aconteció lo mismo,” replicaba el Padre Gonzalitos y el Padre de las suertes, el Padre Lopitos, estaba aún conmovido.



CAPITULO SEGUNDO.

Brindisi.—Hotel Internacional.—El Padre Lopitos.
—Llegada del vapor austriaco.—Cleopatra.—Peregrinos á bordo.—Orquesta italiana.—Cantos Populares.—Hora de partida.—El “Cleopatra” levanta anclas.—Rosario y meditación á bordo.—Movimiento y marco.

EN fin, el tren no espera; ha llegado y sólo cinco minutos faltan, así es que *señores pasajeros, al tren;* y obedeciendo á nuestro amoroso y caritativo Padre el señor Obispo, quedamos todos como movidos por encanto, bien acomodados, pues todo el día tendríamos que caminar. Las ocho son, y hora de partir, por consi-

guiente, así es que nos hicimos el ánimo. Con motivo de que un peregrino se acordaba y preguntaba dónde comeríamos, me acordé de una anécdota que hará como doce años tuvo lugar en el colegio donde me eduqué:

Es el caso, que no sé por qué motivo, determinó el superior la separación de un alumno; mas esto acontecía á las siete y media de la noche, hora de reglamento en que se cenaba, y cuando concluyó de oír todo, contestó: “Bien, ¿y ahora dónde cenó?” Mas nosotros no teníamos esa incertidumbre, según se decía, y así fué; ya el señor Obispo había teleografiado á la estación inmediata de importancia, para que á nuestra llegada estuviera prevenido el alimento.

Felizmente y sin contratiempo alguno caminamos todo el día hasta las diez y cuarto de la noche, hora en que el tren avisaba llegábamos á Brindisi. Sin haber tenido trasbordes tocamos este puerto, dirigiéndonos luego de la estación al centro para buscar un hotel. El Internacional, situado en la bahía, enteramente frente al mar, fué el escogido por el Ilmo. Sr. Fierro, y luego nos señalaron el cuarto, y en un momento

quedamos instalados, sin poder cenar, porque no había qué, ni dónde; así es que nos volvíamos á preguntar: “¿y ahora dónde cenó?” Pues en ninguna parte; pero mañana nos desayunaremos.

Brindisi es una población bastante pequeña; contará unos diez mil habitantes y es donde está la Aduana Italiana. Tiene regulares edificios; mas se conoce que en cuanto á creencias no están muy bien ó hay mucha indiferencia; al menos, así se puede creer por el estado que guardan los templos. Ocasión tuvimos de verlo el día diecisiete, jueves, en que nos presentamos varios á la Iglesia Catedral, y francamente, nos quedamos fríos al ver que ni siquiera pavimento tiene la sacristía, ni quien nos atendiera; los ornamentos, no se diga; en fin, preferimos salirnos y desistir de nuestro intento; mas ya en camino para el hotel, advertimos que había una capillita; penetramos en ella, encontrándonos con que estaban celebrando y unas Hermanas de la Caridad rodeadas de muchas criaturitas muy devotas, que asistían al tremendo Sacrificio.

A la derecha estaba una puerta y discutiendo si era la sacristía, nos atrevimos á

entrar. Esperamos sólo que concluyera el Padre Capellán, que era el celebrante, y saludarle; el hacerlo y con gusto permitirnos lo que deseábamos, fué una misma cosa, no parando en esto la bondad de las Madres, sino que cuando concluimos unas tazas de café, exquisito á la verdad, que nos tenían de antemano preparadas. Como pudimos nos hicimos entender y les dimos las más expresivas gracias, despidiéndonos luego para encaminarnos al hotel.

Ningunos paseos hay en esta población, ni nada que pueda llamar la atención y digno de ser visitado, así es que la ocupación de casi los veintisiete peregrinos en esta mañana, fué dar vueltas en la Bahía, sin tener cosa que ver y más bien por hacer ejercicio; la única diversión que tuvimos fué ver un labriego que estaba llenando de agua unos barriles en la bahía y cantaba, ó más bien gritaba con mucho furor y también bailaba; creo que su cerebro no andaba muy bien. De esta manera pasamos toda la mañana, viendo con frecuencia hacia el rumbo por donde debía aparecer el famoso vapor que nos había de dar posada por unos cuantos días.

Como es consiguiente, estábamos muy fastidiados; mas las distintas ocurrencias de tantos como éramos nos hacían más soportable todo y así podíamos esperar. El Padre Lopitos bastante nos hizo reír con unos pescaditos desconocidos por acá, que tienen la forma de unas bolas con muchas espinas y que sirven de alimento; por curiosidad solamente compré media docena, mas el Padrecito les dió sepultura, lo cual provocaba la risa de todos. En esto se pasó la mañana; eran las once cuando se oyó el sonido de la campana. No se acostumbra lo mismo que en nuestra preciosa Méjico, donde los pasajeros van comiendo conforme se presentan. En estos países, á la hora señalada, un sirviente muy elegante, pues casi todos ellos se uniforman de frac, toca una campana, y es señal de que todos los señores pasajeros deben presentarse á tomar sus alimentos, y si no lo verifican algunos, trabajo les costará después el que les sirvan, y si lo hacen, será muy mal, y no hay razones que valgan. Por lo mismo, con lo que la experiencia nos había enseñado y con la convicción de que en el vapor no podríamos con gusto tomar los alimen-

tos, todos estuvimos listos y nos fuimos acomodando en la mesa; nos servían sin dilación y perfectamente, aunque un poco carito. Parece ser todo cómodo, por cobrar en liras; pero haciendo la cuenta, resulta ser más caro que en Méjico, nuestra querida patria. Ocho francos setenta céntimos nos tocó pagar por persona, por haber ocupado una noche la cama, comido y desayunado; eso sí, bien, y no parece ser lo mejor que hay en esta triste y fea población, según se pudo averiguar aun con sus mismos hijos.

Terminado que hubimos esta indispensable y precisa operación, todos nos fuimos á los cuartos que estaban situados en altura y que dominaban al mar hasta una respetable distancia, inquietos por saber la hora de la partida que dependía de la de llegada. En los balcones estábamos casi todos, llamando la atención por el número que era regular y viendo á varios vendedores ambulantes que distintos objetos ofrecían para su venta, como cigarros, cerillos, peines en un estuchito, pipas de barro, tabaco en hebra, en fin, varias cositas, curiosas algunas. En estas operaciones unos se entrete-

nían y otros, entre ellos el Sr. Obispo, no apartaban su vista del mar.

Ya cerca de las tres de la tarde, allá á lo lejos distinguióse por medio de un anteojo un vapor que á gran prisa se dirigía para la bahía; la ansiedad apoderóse luego de todos y deseábamos ver cual era su nombre, á ver si era el famoso *Cleopatra*. No era posible, muy lejos estaba. Por fin, con la ayuda poderosa del anteojo pudo el Ilmo. Sr. Fierro distinguir el nombre: "*Cleopatra* es, nos dijo, sí él es, ya viene muy cerca. Miren, fíjense y verán como él es." Dicho y hecho el mismo era. No había pasado mucho tiempo cuando á la simple vista pudimos distinguir el nombre que en la proa traía bien claro y con caracteres muy regulares. Avanzando fué con alguna velocidad y á las tres se encontraba ya en la bahía, advirtiendo que en este puerto echan las anclas los vapores en la bahía enteramente, pues hay profundidad suficiente, y más fácil se hace el embarque y desembarque. Tan pronto como hubo presentado después de haber mediado la visita de sanidad y de haber sido ayudado por el práctico, comenzaron luego á bajar los pasajeros que á bordo venían y á

cuyo feliz puerto habían llegado acompañados de sus respectivos equipajes que con suma cortesía y mucho comedimiento eran conducidos por los carabineros á la aduana para su registro. En seguida dieron principio á descargar los bultos que por flete traía á fin de dejar en poco tiempo expedito todo para volver á partir, pues sus ilustres huéspedes mexicanos con ansia lo esperaban.

En fin, después de unos breves momentos comenzamos á bajar ya listos con nuestros *bagaglio* para ir á bordo, pues anunciado estaba que luego en la tarde levantarían anclas. La misma operación de siempre; se presentó el boleto que para todos había extendido la Agencia Cook, y luego nos señalaron el camino que conducía al departamento de segunda que la mayor parte íbamos á ocupar. ¡Oh! apenas llegamos cuando las alas del corazón se nos cayeron, pues en estos vapores no hay camarotes para los de esta clase, de suerte que ideábamos luego lo que haríamos, posible no era permanecer en este lugar, ni siquiera para tomar alimento. Unos como cajones solamente hay, pero sin división alguna, y en

ellos un colchón no de los muy limpios, y en estos lugares van acomodando á los pasajeros, teniendo sólo la cortesía de que á las señoras las ponen en un cuarto separado. Después, una gran mesa colocada aquí mismo es la que está destinada para tomar los alimentos, y en la noche algunos se entregan al descanso tendidos sobre ella. No es posible decidirse á estar en este lugar por ningún motivo; de suerte que para mi hermana pagué un napoleón y debido al empeño del Ilmo. Sr. Obispo pasó á primera, y nosotros ya pensábamos ó discurríamos lo que debíamos hacer.

Por fin, todos los pasajeros fuimos colocados, y listo todo estaba, pero hasta las seis de la tarde más ocho minutos sería la partida. Muy agradables fueron los momentos que á bordo pasamos, antes que en movimiento se pusiera el vapor. Primero porque sobre cubierta había algunos vendedores ambulantes que varias cositas curiosas tenían y viéndolas pasábamos el rato, pero lo más divertido era una especie de orquesta que se había formado y que según afirman se presentan siempre que hay algún vapor en la bahía, la cual compuesta de varios

instrumentos ejecutaba algunas piezas y de cuando en cuando unas jovencitas en número de dos, bastantes listas, cantaban y después se presentaban á todos los oyentes ó mirones y pedían alguna gratificación. Algún tiempo pasamos en esta diversión, hasta las seis de la tarde en que todo arreglado se anunciaba era el momento de la partida.

Ya el famoso padre Daza de la Diócesis de Bolivia y otros compañeros habían comprado por dos liras su cachucha para el camino; ya todos estábamos listos. Parece increíble que sin práctica alguna y siendo por primera vez nuestro viaje á tan distantes lugares, ni la moneda distinta, ni la ignorancia de la lengua, ni nada absolutamente nos hubiese ocasionado algunos trastornos. Cuestión de preguntas solamente, como cuando de Barcelona nos dirigíamos á Roma, sabíamos que en Veintimiglia había trasborde y como ignorásemos la estación y el francés que allí se habla, en cada estación á donde llegábamos señalando el lugar preguntábamos ¿Veintimiglia? ¿Veintimiglia? *Oui, monsieur*, nos dijeron y luego nos bajamos, y cuando con la cabeza, con

ese idioma bastante inteligible nos decían que no, seguíamos adelante. Así pudimos atravesar tanta distancia y llegar hasta la Tierra Santa, objeto de nuestros ensueños.

Las seis y ocho minutos, las escaleras no se levantan ahora, porque recordarán nuestros lectores que estamos anclados junto á la bahía y sólo una cosa que tiene la figura de puente es la que sirve para dar acceso á los distintos departamentos del vapor austriaco "Cleopatra", que nos iba á conducir hacia tierra, y por mares desconocidos. Unos marineros se encargan de arreglar todo y recoger el cable que sostiene el vapor, mientras otros en tierra quitan el puente y á virar se pone luego. Pocos momentos y ya tomaba la dirección que debía llevar, y sin dificultades seguía su curso ordinario. De los alimentos ya dijimos que no era posible tomarlos, y por lo mismo buscar un lugar donde pasar la noche era lo que nos preocupaba. El P. Jesús Hueso y el Sr. Canónico D. Fernando Torres mediante una gratificación que dieron lograron un camarote, y el Sr. Cura González, el P. Delgado, mi tío y yo nos fuimos á cubierta, y en el salón de fumar pasamos la noche sin poder

dormir por supuesto, ya por lo incómodo, ya también por el movimiento que toda la noche hay. Esta es la única nota negra que nuestro viaje pudo tener, pues gracias á Dios en lo demás estuvimos muy felices en todo y por todo. Hé aquí el motivo, porque aconsejo á los que transiten por estos lugares que si la bolsa no está muy exhausta y las facultades lo permitan, siempre en primera clase tomen asiento en estos lugares, pues sólo en los vapores que atraviesan el golfo es muy distinto.

Con muchas penas, sin cenar y sin dormir, al día siguiente, diez y ocho por cierto, nos dirigíamos todos al cuarto del Ilmo. Sr. Mitrado para lo cual pudimos conseguir permiso; pues son muy delicados, y á las siete empezaba la misa que todos oíamos, la cual concluida, todos nos dirigíamos á la cubierta, lugar de nuestra residencia, casi todo el día, pues siquiera estábamos más distraídos y no tan pesado se hacía el viaje.

Las horas de tomar alimento en estos vapores de la Compañía Austriaca, son las siguientes: De las siete á las ocho puede uno ir á desayunarse ó á tomar su café con leche que llevan condensada, y sus rebana-

das de pan frío. A las once y media la campana convoca á todos los que tengan apetito, para que se presenten á cubrir su necesidad. Ya dije, no sirven vino en estos vapores ni aun en primera clase; el que desea tomarlo puede hacerlo mediante los francos ó libras esterlinas. A las cuatro sirven un poco de té con rebanadas de pan y algunas veces galletas, y está concluida esta operación. Por fin, á las seis y media es la última comida, ó la que propiamente se llama comida en esas tierras. Instruído quedará el lector con lo que llevo dicho, y cuando viaje por esos mundos de Dios no tendrá necesidad de preguntar, aunque muy poco le preocupara, pues casi nunca puede tomarse alimento en estos vapores, sobre todo en el departamento de segunda clase.

Durante la travesía de Brindisi á Alejandría se va costeando, pues todo el día va mirándose no muy lejos la isla llamada Sancti, lo cual es un consuelo para el pobre nevegante que, entregado á merced de las olas, continuamente se encuentra en inminente peligro.

En la noche nos reunimos de nuevo en la habitación del Exmo. Sr. Obispo, para rezar

el santo rosario y concluido leían algun punto de meditación sobre el cual se reflexionaba algunos instantes y después rezaba algo como conclusión, en todo lo cual se pasaba casi una hora.

El día siguiente, diez y nueve, ni misa se celebró porque estuvimos muy mareados, y ni alientos teníamos absolutamente, ni salir siquiera podíamos por el movimiento tan marcado que teníamos en el vapor, y así pasamos todo el día. Compasión se nos podía tener, todos demacrados nos encontrábamos; sin comer, sin dormir y por otra parte arrojando á cada momento lo poco que pudiéramos contener en nuestros estómagos. En fin, el amor todo lo vence, dice el dicho vulgar, ahora diremos nosotros: por ir á visitar estos santos lugares todo se puede sufrir, sí todo, aun el mareo y más inconvenientes que hubiese.



CAPITULO TERCERO.

Llegada á Alejandría.—Aduana turca.—Estación del Ferrocarril.—Cairo.—Cicerone.—Hoteles.—Pipas.—Costumbres.—Iglesia Parroquial.—Mezquita.—Calcea te caligas vetustas.—Pirámides.—Nilo.—Procesión de Camellos.—Beduinos.—Ascensión á las Pirámides.—Retratos.—Esfinge.

El domingo veinte apenas el crepúsculo matutino aparecía cuando ya recibíamos los aires de Alejandría. Eran las cinco de la mañana y anclaba nuestro Cleópatra junto á la bahía lo mismo que en Brindisi y todos ya con sus equipajes bien pesados por cierto, advirtiendo que de Roma habíamos salido sólo con una muda de ropa y nuestros breviarios. Mas luego en Loreto compramos bolsas de viaje y ya en